

# El hermano errante

por

Enrique Espinoza

## I

*Un gran misterio de ascendencia vela.*  
RUBÉN DARÍO. Soneto a d'Halmar.

A todo escritor de alguna significación nacional acompáñalo, tarde o temprano, su leyenda ineludible, que se transmite de padres a hijos, cuando tiene asidero en su vida o en su obra. Dentro de la literatura chilena es el caso de Augusto d'Halmar, llamado El Hermano Errante, así con mayúsculas, porque reside una parte considerable de su existencia en el extranjero y es nómada por vocación y atavismo.

Hijo del amor, como Leonardo, sueña volverse artista en desquite o recompensa. Proclive al juego verbal desde un principio, no deja de arrogarse, a fuer de literato, el latinajo clásico que termina en *vinci*, para imponer de golpe su genio y figura en el ambiente severo de historiadores y juristas del Santiago de su tiempo.

Había nacido, al parecer, pues todo es incierto en su desenvolvimiento, el 23 de abril de 1882, en el puerto de Valparaíso. Por lo menos, en tal día se registra el evento, con un par de años de atraso quizás, en una iglesia de la capital.

El niño pierde a la madre antes de salir de la infancia; lejos de su progenitor inconsecuente, cuyo apellido, Goeminne, lleva sin embargo. Pero al dedicarse a las letras, acaba por reducirlo a una inicial "episódica" entre su nombre de pila y el de la familia de su abuela materna, Thomson, de origen escocés; aclimatado ya en la Marina de Chile.

Mientras vive con aquélla, que fue su hada bienhechora, no deja de firmar Augusto G. Thomson. La edición que después llamaría "príncipe" de su incipiente novela *Juana Lucero*, aparece bajo tal rubro, lo mismo que numerosas crónicas de pintura en la revista "Instantáneas" de su amigo Melossi.

No deja de asombrar que a los veinte años pudiera el huérfano arreglárselas para escribir en una casa de la calle Sazié y Echaurren, en sólo dos meses, una larga novela realista, única de su proyectada trilogía sobre "los vicios de Chile".

Aún no se había dado el escritor profesional en Hispanoamérica. El imberbe artifice de *Juana Lucero*, a quien retrata entonces el maestro Juan Francisco González, merece a no caber duda, este homenaje y el respeto con que lo rodean los poetas y prosistas de la generación del novecientos: Carlos Pezoa Véliz y Diego Dublé Urrutia; Baldomero Lillo y Guillermo Labarca Hubertson.

Con el autor de "Pancho y Tomás", participaría d'Halmar en la inicial celebración del Primero de Mayo que organizan los trabajadores de Valparaíso, siguiendo la ola revolucionaria todavía en ascenso.

## II

*Juana Lucero, publicada allá por 1902, debe tomarse más bien como un alarde juvenil que como la expresión espontánea de la naturaleza de su autor. Esta historia intencionadamente áspera y no desprovista de emoción, de aquella época en que el sereno santiaguino apaga por última vez su farol y se encienden los primeros mecheros de gas en los arrabales, fue la protesta henchida de una generación que echaba mano del naturalismo para vapulear con un garrote bastante duro la hipocresía y la complacencia de la vida criolla. ERNESTO MONTENEGRO, Apreciación de d'Halmar.*

A nuestro juicio, *Juana Lucero* no nace sólo de la imitación del jefe del naturalismo francés, que muere precisamente aquel año en París, por más que una coincidencia silábica lleve al joven literato chileno a identificar a Juana con Na-na y Naná... ¿Se

ahorraría éste, acaso, el retruécano entre las Veladas de Medan y las de me dan café con leche, aludiendo a ciertas reuniones intelectuales santiaguinas?

En verdad, no hay que atenerse demasiado al juego externo. Allí estaba oculta, sangrando aún, la herida del muchacho pobre de Valparaíso, que cantaría medio siglo más tarde Manuel Rojas en *Hijo de Ladrón*. "Porque la sociedad —asegura el propio Aolne— tolerante y hasta benévola con la falta de matrimonio, si hay de por medio talento y buena sangre, muestra rigurosa intransigencia cuando simultáneamente falta el dinero". Y una novela no hace aún entre nosotros, rico a nadie; apenas una reputación insoslayable.

*Juana Lucero*, La Lucero después para su autor, cuenta en la historia de la literatura chilena de comienzos del siglo y precede a toda una serie narrativa que podría llamarse prostibularia. Desde *El roto*, de Joaquín Edwards Bello, hasta *La vida simplemente*, de Oscar Castro.

Aquel testimonio juvenil alcanza cuatro ediciones en vida de d'Halmar y tiene todavía lectores. De pocas novelas hispanoamericanas contemporáneas puede afirmarse lo mismo.

En un autorreportaje que no peca de modesto, el autor de *Juana Lucero*, pretende olvidar esta novela en vez de mejorar su texto en cada nueva edición. Se me ocurre que todo artista debiera sentirse responsable de cada una de sus obras y buscar su perfeccionamiento si halla eco en el público y tiene ocasión de ponerse a la tarea. Tolstoi ha dado el gran ejemplo en *Ana Karenina*.

Entre la forma y el contenido de *Juana Lucero* no siempre hay coincidencia. Casi todo un capítulo podría extractarse como estampa costumbrista de la vieja Plaza Yungay, de Santiago de Chile.

A ratos d'Halmar identificase con el lenguaje de la clase media que tiene por modelo al roto. Sin embargo, como el novelista mira desde más arriba, exclama: "¡Ah, nuestro pueblo!".

Pero en *Juana Lucero* anota ya más de un rasgo humano en forma directa y concisa. Por ejemplo: "esa edad en que las muchachas necesitan de tanto cariño para no sufrir el trastorno que se opera en ellas al hacerlas mujeres la naturaleza". Si escribiera constantemente así.

El joven Augusto había organizado su vida hogareña para que la "viejecita" y sus dos hermanastras lo sintieran como el prodigio que para ellas d'Halmar era en efecto.

Puede juzgarse del itinerario de d'Halmar por su partida excepcionalísima en un tiempo en que la mayoría de los escritores hispanoamericanos se complacían en publicar colecciones de artículos de diario.

*Juana Lucero* es la novela de una niña de "buena sangre" a quien deja en el mayor desamparo un padre medio irresponsable, y que criada como "Purísima" por una madre abnegada y trabajadora, viene a caer finalmente, a la muerte de aquélla, en la prostitución.

La historia se desarrolla en torno de una serie de mujeres arquetípicas. Tras la parienta beata y tirana, viene una chismosa cualquiera de barrio con su hija legítima y su marido rijoso. El personaje más simpático por su fidelidad a un patrón determinado es la criada Tránsito, que forma buena pareja con el vecino espiritista, en toda una galería de viejos y jóvenes "calaveras" santiaguinos.

La prosa de la novela se resiente del gusto poetizante que inaugurara en Valparaíso el *Azul* de Rubén Darío y que aún tiñe tantas narraciones crudas en nuestra América.

Pero d'Halmar se muestra ya buen gourmet en algún capítulo acerca de la cocina chilena y, considerando el hambre popular, no deja de ver las consecuencias que la retórica del vino traerá con el consumo inmoderado que se fomenta por razones económicas. Dice:

“El socialismo, antes de mirar a los palacios, mira a los lagares, y las primeras víctimas de un posible trastorno social, serían las botellas, cuyas etiquetas son verdaderos blasones heráldicos, pergaminos de nobleza en que descansan todas las odiosas prerrogativas”.

Con lo transcrito basta para darse cuenta de inmediato hasta dónde pisaba tierra firme d'Halmar al comienzo de su carrera literaria.

### III

*Su encanto ni reside del todo en las cosas que dice ni en el cómo las dice, sino en que nos habla directamente en primera persona, no en la persona convencional de los relatos, donde la forma autobiográfica es atribuida a un personaje central creado independientemente al yo del autor, pero si en la propia persona del autor, con cierta exquisita impudicia que, a veces, permitiría acusarle de narcisismo. Como si d'Halmar antes de crear sus obras de arte hubiese creado un d'Halmar en tan perfecta forma que el verdadero, el hombre, el autor de su técnica desaparece. EDUARDO BARRIOS: Sobre d'Halmar.*

Dejando de lado a *Juana Lucero*, varios relatos más o menos autobiográficos que publica d'Halmar en seguida, nos dan asimismo una imagen bastante significativa del joven autor. En *Mi maestro*, escrito en 1903, traza en forma de cuento de San Silvestre una semblanza del que llamaría “El abuelo de todos”, Hans Cristián Andersen.

La pérdida y el encuentro de un ejemplar de *Poquita cosa*, ilustrado por Apeles Mestres, le sirve para pergeñar la *Novela de una novela* en homenaje a su admirado Alfonso Daudet.

*Alrededor de Loti* es otra historia que atribuye a un marino que se le parece bastante como para prefigurar su ideal, no convertido en leyenda todavía por su propio empeño.

Loti, Daudet y Andersen son los tres escritores europeos que dejan mayor huella en el estilo de d'Halmar; pero no los únicos. Su don de recibir influencias lo vuelve cada vez más versátil. De Zola retrocede a Poe o sigue a Gorki, si algún eco le llega. El hechizo de su voz y su hermoso porte varonil lo ayudan a imponerse no sólo en el café, según el valioso testimonio de su amigo Ernesto Montenegro, sino ante un auditorio cada vez más numeroso de admiradores en el nuevo Ateneo de Santiago, que organiza veladas especiales para que lea los cuentos o recite sus monólogos.

Allí su oratoria *sui generis*, un sí es no es teatral, mejora sus narraciones en primera persona, imprimiéndoles extraordinario dramatismo. ¿No había querido el buen mozo hacerse actor a los dieciocho años?

El mismo d'Halmar ha contado mejor que nadie cómo retuvo en la memoria un fragmento de *Tierra baja* después de oírsele dos veces en Santiago al catalán Galé, a cuya compañía estuvo a punto de incorporarse, tras sorprendente demostración de mimetismo. Dice al pie de la letra:

“Nací comediante, y una de mis grandes penas será siempre no haber seguido mi vocación, y quien sabe todavía. Cuando pienso en ser dramaturgo, tal vez no vea sino el medio de llegar al teatro”.

Entre sus primeros relatos abundan los escenificados y a ellos sigue un drama en tres actos, *Al caer la tarde*, de corte ibseniano, aunque chilénísimo por algunos de sus personajes en vacaciones marítimas no en un fiord sino en un balneario del Sur de Chile.

*Al caer la tarde* aparece publicado en volumen al paso de d'Halmar por Barcelona en 1907. Parece que nunca fue representado, aun cuando el segundo acto es de un lenguaje coloquial bastante pintoresco.

De principios de 1906 viene a ser *La lámpara en el molino*, cuyos protagonistas llevan los mismos nombres de los héroes del drama. Pero ateniéndose a la cronología en sentido estricto, corresponde antes hablar de la Colonia Tolstoiana, porque *La lámpara en el molino* no se publica en forma de libro hasta una década después.

Bajo la influencia moral del apóstol de Yasnaia Poliana, el autor de *Juana Lucero* funda con su discípulo y futuro cuñado, Fernando Santiván, una comunidad agrícola en Arauco para vivir del trabajo de sus manos.

La falta de un intendente del tipo de Pérez Rosales, capaz de facilitarles, como a los emigrados alemanes del 48, cuanto era indispensable para establecerse con éxito, hizo que pronto se volvieran a Santiago.

Aquí no desistieron de su empeño hasta lograr una parcela en el vecino pueblo de San Bernardo.

Arrendada poco menos que gratis a su dueño, el poeta Manuel Magallanes Moure, alcalde por entonces del villorrio, d'Halmar se instala en un cuartito encalado que arregla con gusto de artista y pronto se le suman además de Santiván, los pintores Pablo Burchard y Julio Ortiz de Zárate.

A nosotros aquella simpática evasión idealista recuérdanos la que por esos mismos años emprendieron muchos intelectuales rusos de origen judío, movidos también por las enseñanzas del autor de *La Guerra y la Paz*.

El ejemplo personalísimo de Thoreau así como el de sus compañeros de *Brooks Farm*, no tuvo eco en el Sur, por más que lo consideraran Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga en su viaje a Misiones, de donde salieron *El Imperio Jesuítico* del primero y los cuentos magistrales del segundo.

Sobre la Colonia Tolstoiana fundada por d'Halmar, se ha hecho correr mucha tinta en la literatura chilena; pero su duca y

maestro, tan propenso a no dejar en el tintero ninguno de sus "recuerdos olvidados", guardó siempre silencio.

Sólo una vez le oí jactarse de haber introducido en aquélla el uso de los guantes para guiar la mancera del arado. Una conquista que hizo reír en su tiempo con malicia; pero que luego extendióse como algo práctico entre los campesinos de muchas partes del mundo.

Por ahí cabe deducir que no todo fue romanticismo en la Colonia legendaria.

En verdad, como dijo muy bien Pedro Prado en la muerte de d'Halmar, la Colonia Tolstoiana fue un movimiento de "liberación" emulado un decenio más tarde por "Los Diez". Lástima que durara tan poco aquel ensayo.

La derrota de la primera revolución rusa trajo una declinación del socialismo que se hizo sentir también por 1907 en Chile.

Los intelectuales sudamericanos, que a fines del siglo diecinueve abrazaron diversas tendencias colectivistas, volvieron a buscar consuelo en la llamada torre de marfil y a desentenderse de los problemas inmediatos que les planteaban sus pueblos para colocarse por encima del bien y del mal.

Antes de consumir su escapismo, d'Halmar muestra el cambio en su literatura. En septiembre de 1906 fecha en San Bernardo su segunda novela, *La lámpara en el molino*, que acusa ya un vuelco total respecto de la colección de cuentos que la escoltan.

En un prólogo titulado *El misterio del arte*, que data del 12 de octubre del mismo año, d'Halmar se queja de sus semejantes que lo han condenado a una soledad interior. Termina por anunciar nietzscheanamente al superhombre "que será en primer término un rebelde como nosotros", porque también se declara el precursor.

Síntoma elocuente del nuevo estilo es el acápite de la novela:

“Me acusareis no pintar la vida que vivimos, sino otra que vive en mí y Dios mío, ¿acaso no basta? Si toda obra es un sueño balbuceado que puede encerrar una revelación; si por abiertos que parezcan los ojos del artista, las imágenes del mundo exterior pasan por ellos como sombras y sus miradas están constantemente vueltas hacia adentro, dejadme también a mí y tened presente el peligro de despertar a un sonámbulo”.

Por la época en que d'Halmar compone *La lámpara en el molino* se desempeña como secretario del Ministro de Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne. Este acaba por nombrarlo cónsul general en Calcuta. Precede así d'Halmar a Pablo Neruda en cuatro lustros por el camino de la India.

A más de medio siglo de una novela como *La lámpara en el molino* y de un drama como *Al caer la tarde*, puede afirmarse que tales obras, importantísimas para la evolución de su autor, no han quedado en la memoria de sus seguidores. Estos prefieren sus cuentos primigenios: *Coilipo*, *Mamá Dotea*, *En Provincia*, *A rodar tierras*, con resentirse éste de una prosa excesivamente caracoleada desde la primera línea: “Más que las gaviotas de la mar salobre”...

Deja entrever d'Halmar, casi a pesar suyo, una punta de su tragedia íntima en *La lámpara en el molino*, al decir que a su *alter ego*, Lot, el Maestro:

“Le faltaba el discípulo, el amigo, el colaborador, el hermano, y esta nostalgia agrandada de día en día, era irremediable; porque la nostalgia por el hijo puede aplacarse siempre; pero no (la otra) por el ser casi igual en fuerza, que debió venir en pos”.

En sus obras siguientes: *Nirvana*, *Gatita*, *La sombra del humo en el espejo* esta nostalgia reaparece como un *leit motiv*, sobre todo la del hijo, mucho menos aplacable de lo que creía, pues culmina en su novela máxima *Pasión y muerte del cura Deusto*.

Se ha querido ver en d'Halmar una desviación de la naturaleza no corregida por la cultura. Pero ateniéndose a numerosos textos de sus libros, caben dudas y una interpretación menos afirmativa.

IV

*Tu libro te repite más que un hijo.*

ENRIQUE BANGHS: El cascabel del halcón.

*La sombra del humo en el espejo*, a partir de su título, es la obra más representativa de d'Halmar. Se impone ante todo por la creación del joven criado árabe, Zahir, especie de chela literario, identificado a tal punto con su amo, que cuando éste, alegóricamente, se hace tatuar en un brazo la estrella solitaria, opta el otro por la media luna para simbolizar entre ambos la bandera egipcia...

La parte seria comienza no bien d'Halmar cae víctima de una grave afección a la piel. Entonces conoce hasta dónde llega el espíritu de abnegación de su asistente oriental. Hablando en primera persona, como siempre, anota el viajero:

“Baste decir, yo no echaba de menos la presencia de una madre, de una hermana, ni de ninguna mujer: tanto sus discretos cuidados eran llenos a la vez de adivinación femenina y de una energía que se comunicaba. Recuerdo su paciencia para alisar mi rugosa epidermis, roce acariciador que tenía el don de apaciguarme. Recuerdo...; pero ¿quién comprenderá estas cosas? ¿Quién tampoco, necesita conocerlas?”, etc.

Nunca ni con el propio Zahir volvió a experimentar d'Halmar tan absoluta identificación una vez pasada la enfermedad. Pero el árabe aparece al mismo tiempo sensible al encanto de cierta muchacha eurasiática. El idilio a la vista y paciencia de d'Halmar, en vez de molestarlo, renuévale recuerdos lejanos del mismo género, según confiesa, con distraerse finalmente aquél de su servicio constante y de su absorbente tutela.

Fuera de las divertidas aventuras del joven árabe que narra d'Halmar en *La sombra del humo en el espejo*, hay en el libro algunas páginas puramente descriptivas. Así aquella en que d'Halmar cuenta el terror sagrado que le sobrecoge cuando visita la

pirámide de Cheops, "como si la eternidad le hubiese bloqueado el paso al pobre judío errante que somos".

Sobre las relaciones que anudan flojamente los viajeros durante una travesía marítima dice:

"Las amistades entre compañeros de viaje tienen ese encanto de ser sin compromiso alguno: se aprovecha de ellas a sus horas; otros días, en que la pereza nos domina, aislase uno en su ensueño. A veces, entre personas de distinto sexo, simpatía espontánea y deliciosa intimidad lejos del miedo al 'qué dirán'. Y alrededor nuestro el mismo armisticio bienhechor, los hombres desarmados por la primera vez entre sí, su egoísmo haciéndose oficioso para los demás, como purificados por el aire libre y por el contacto del mar".

*La sombra del humo en el espejo*, aparte de un diario de bitácora, como su anterior volumen, *Nirvana*, es una confesión lírica del hombre que al doblar la cuarentena ve no sólo aquello que fue, sino también aquello que pudo ser. "Recuerdos olvidados"; "viejos años nuevos"; la familia que pudo crearse; el hijo que andando el tiempo fuera un hermano, un discípulo, un colaborador tal vez.

La idea de perpetuarse por la carne se le vuelve una obsesión a d'Halmar. Otra constante suya es la nostalgia del país natal. Entre los pocos sitios caros a su corazón, enumera d'Halmar "la mesa de una cervecería subterránea de Valparaíso"; y "sobre todo, en cierto pueblo, la presa arruinada de un molino y sus agrias zarzamoras...".

En una de las evocaciones más personales de *Nirvana*, él, tan engreído, escribe con modestia:

"Si soñé la fortuna, tengo la independencia; si la gloria, tengo una pequeña obra que entre los míos asegura mi nombre".

Anticipa en primera persona y repetidas veces la frase que debía guardar para el final: "Después de todo, nada habré visto sino el mundo, nada me habrá ocurrido sino la vida".

Y como revelando el secreto de su arte, agrega:

“¡Vida, vida! No habré conseguido aprisionarte sino reproduciendo la profundidad imaginaria de los espejos, y tu reflejo será tanto más fiel cuanto más ilusorio. ¡Y puesto que estamos condenados a no conocernos sino en su imagen, sirva yo y mi ansia y mi angustia, para que pueda mirarse lúcidamente quien a estas páginas asome”.

Muchos pecados de vanidad pueden pasarse a d'Halmar en homenaje a estas palabras desgarradoras.

## V

*D'Halmar, con ritmo no medido, sin consonancia ni asonancia dirigidas hacia efectos musicales que son puro canto, es un poeta que narra.* HERNÁN DEL SOLAR, en *Andean Quarterly*.

A su regreso de Oriente y de las grandes capitales europeas, d'Halmar es destinado a un puertecillo peruano, Eten, donde se deja estar durante un lustro ahorrando sus haberes consulares para entregarse luego por entero a su obra en París, meta de todos los escritores hispanoamericanos de su época.

En Eten escribe, además de su famoso relato *Gatita*, muchas páginas circunstanciales. Una sirve de responso al libro *Alma chilena* de Carlos Pezoa Véliz, recién desaparecido en un hospital de Santiago.

D'Halmar cuenta cómo excusó al impetuoso bardo viñamarino de sumarse a su Colonia Tolstoiana en 1906. Hablando en plural como un obispo, dice:

“Le vimos aventurarse en esa pampa salitrera, que parecía ser su escenario y recorrerla ávidamente vendiendo suscripciones, libros o conferencias, como un buhonero del pensamiento, antes aprendiendo a vencerse que a vencer”.

Palabras insuperables que revelan otro rasgo del espíritu paternalista de d'Halmar.

Cuando el solitario cónsul chileno por fin deja Eten para irse a Francia como vago corresponsal de guerra, en 1915, es objeto de muchas atenciones a su paso por Santiago. En el salón de honor de la Universidad de Chile anticipa el esbozo de su pequeña heroína indígena, esa hermanita venida a menos, como hija del Sol, de la *Reina de Rapa Nui*.

La corta estada de monsieur Augusto d'Halmar en París, junto al muelle de los Celestinos, frente a la isla de San Luis, en una casa que antes habitara el hispanista Jean Cassou, no es tan afortunada como su tediosa residencia en Eten, a juzgar por sus *nouvelles*: *Capitanes sin barco*, *Los alucinados* y *Amor, cara y cruz*.

Hay en alguno de estos libros de d'Halmar huellas de sus andanzas por los cementerios de Bretaña en busca de las tumbas de sus antepasados. Fuera de muchos poemas en prosa que recogerá años después en *Palabras para canciones*, d'Halmar traduce los versos de su amigo el poeta francolituano Lubicz Milosz, con los que termina formando asimismo un volumen.

Sobre su amistad con Rubén Darío, Amado Nervo y otros huéspedes ilustres de la capital de Francia, d'Halmar escribe a su vuelta una memoria circunstanciada en los "Anales de la Universidad de Chile". Allí copia el soneto que le dedicara el autor de *Prosas profanas*.

## VI

*D'Halmar era el Hermano Errante. ¿Por qué estaba siempre vagando? ¿Por qué andaba en eterna búsqueda? ¿Porque era una forma de errar acertando? ¿Quién sabe!... PEDRO PRADO: En la muerte de d'Halmar, 29-I-50.*

Un suceso trágico que halla eco en la obra de d'Halmar pone fin a su residencia en París. El maduro escritor viviría durante quince años como pequeño rentista en Madrid. Es su período más fecundo y el más ejemplar por la dignidad con que supo hacer

frente a la vida manteniéndose como artista puro, sin distraerse "al servicio de nadie" para mejorar su pitanza...

Solterón metódico y solitario acrecienta su obra ya numerosa con una extensa novela de ambiente sevillano *Pasión y muerte del cura Deusto*, además de otro libro de andanzas por el interior de la Península: *La Mancha de Don Quijote*; y de algunos ensayos como *Carlos V en Yuste* y *Teatro de Cámara*: historia de su modesta pensión madrileña en la Travesía de la Ballesta número 8, del barrio de Argüelles, en la vieja Villa y Corte.

Hasta hoy los escritores hispanoamericanos sólo han logrado incorporar a la novelística española —para decirlo con los profesores enfermos de estrujolosis— laboriosos remedos clasicoides como los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, *La Gloria de Don Ramiro*, y esa novelería llamada en México del magüer...

Por su "temática" —para dar gusto a los nuevos preciosos ridículos— y su "voluntad de estilo", *Pasión y muerte del cura Deusto* supera *El Embrujo de Sevilla*, con ser una obra no menos artificial desde el punto de vista creador.

La novela del chileno se sostiene por una idea fija, vestida de latines, a los que d'Halmar fue siempre aficionado.

Pedro Miguel, por mal nombre "Aceitunita", el golfillo sevillano, acaba por imponerse al cura Deusto.

He aquí un par de textos del capítulo iv de la Primera parte:

"...Sin la providencial aparición de Pedro Miguel en su vida interior, ésta se habría consumido sin objeto".

"¿Quién era con precisión el niño? ¿Cuál su verdadero puesto bajo ese techo? ... Iñigo Deusto había ido adaptándolo insensiblemente, y, al darse cuenta, se encontraba con que aquel venido de afuera constituía por sí solo el hogar, substituyendo la madre muerta, suplantando la hermana y el amigo desertores, encarnando todavía ese vástago espiritual que cada cual tiene misión de dejar tras sí, aunque no se deje otra prole".

Hay muchísimos trazos que aducir a lo largo de la obra; pero basta con añadir la respuesta que da el cura Deusto al pintor sefar-

dita cuando éste le pregunta si no ha sentido alguna vez tentaciones:

“—Pues, francamente, no, Sem Rubí; si alguna debilidad puede haberme aquejado en el fondo, muy al fondo, es la de los niños; pero para nosotros, sacerdotes, ¿no es ley natural el *Sinite parvulos?* Me parecen la sal de la tierra. Y si mi instinto amoroso fue nulo, no lo era esto que yo llamaría *la vocación de prohijar*”.

El subrayado es una clave para entender a d'Halmar, pródigo de su literatura y de su gusto por jugar con las palabras. Brinda su magia no sólo al protagonista; también al propio trianerillo circunciso lo llena de retruécanos al punto de convertir su conversación en un chisporroteo feérico.

Como Reyless, d'Halmar entra en pormenores de Baedeker cuando pinta la ciudad de los gitanos. Todos los avatares literarios por los que ha pasado le prestan antiparras de color para su mayor lucimiento como hablista. . .

El españolismo de d'Halmar se me ocurre más centrado en *La Mancha de Don Quijote*, glosario cervantino en la línea entusiasta de *La Jofaina Maravillosa* de Alberto Gerchunoff, que también sentía la urgencia de mostrarse más papista que el Papa. . .

Los otros libros de d'Halmar con personajes peninsulares de la farándula o de la pensión, poco agregan a su imagen de peregrino apasionado.

En su libro acerca de *Carlos V en Yuste* hay una disertación sobre Castilla en la que hace gran acopio de ideas tradicionales sobre la Madre Patria y los países que llama sus “satélites”. Son conceptos discutibles; pero importa destacar del conjunto la siguiente confesión:

“Si yo no he triunfado en España ni intelectual ni materialmente, si hasta le debo como un favor más el no haberme dispensado trato de favor, moralmente me he rehecho o, por ser más exacto, me ha hecho moralmente España. Porque dentro de ella me he puesto en paz conmigo”.

Desgraciadamente, a España le pasaba lo contrario. Su pintoresco militarismo no la dejaba vivir en paz a fuerza de pronunciamientos contra la República de sus intelectuales. En octubre de 1934, al estallar el polvorín de los mineros de Asturias, preludio de la heroica resistencia de todo el pueblo al fascismo italo-germano, d'Halmar se vuelve a su tierra para dar testimonio de lo que allá estaba ventilándose.

Con tan valiente actitud cierra en acción la parábola iniciada en su primera juventud con *Juana Lucero* y sus promisorios cuentos de *La lámpara en el molino*.

Al año siguiente Gabriela Mistral tendría que dejar su puesto de cónsul vitalicio en Madrid por haber manifestado en una carta particular ideas parecidas acerca de la "carraspera conquistadora" en constante recidiva militarista.

## VII

*Un oscuro pasado al cual lo liga su sangre y un presente en un medio que ama y que nunca lo ha comprendido.* MARIANO LATORRE. Del prólogo a *Cristián y Yo*.

Tras el recibimiento fraternal que hace a d'Halmar la Sociedad de Escritores de Chile, presidida entonces por Ernesto Montenegro, y el eco inmediato que despierta en el público el regreso del autor de *Juana Lucero*, la editorial Ercilla inicia la publicación de sus Obras Completas con esta novela precisamente.

Pese a encontrarse al frente de la Intendencia y alcaldía de Santiago, Guillermo Labarca Hubertson, d'Halmar no puede hacerse oír en el Teatro Municipal. Vuelve al Salón de Honor de la Universidad, donde obtuviera sus primeros triunfos de orador.

Una pálida idea de su apostolado en pro de la España republicana brinda su panfleto: *Lo que no se ha dicho de la Revolución Española*.

Pero así como quienes tuvieron la oportunidad de asistir a las evocaciones de los maestros literarios de d'Halmar: Andersen, Daudet, Loti, d'Amicis, etc., apenas dan crédito a la letra muerta de *Los 21*, con prólogo de Alone, quienes fueron testigos de su encendida prédica republicana y española, no pueden medir el alcance de aquel fuego a través de la yerta ceniza sin rescoldo del librito de largo título, improvisado sobre la marcha.

Su introito constituye un documento histórico para la intelectualidad chilena, que como la de todo el mundo, se puso a favor de la República española.

En Santiago de Chile d'Halmar vuelve al periodismo y, como al principio de su carrera literaria, publica ensayos, cuentos y artículos en los diarios y revistas del país, que recorre como conferencista.

Autor de moda y buen gourmet, recibe numerosas invitaciones de gente que quiere honrarse con su presencia. González Vera ha dicho a este propósito en *Algunos*:

“Cuando d'Halmar come presta un gran servicio a la comunidad, pues estimula el apetito de cuantos lo ven. Viejos amigos suyos, honor de una época en que era varonil guisar, aderezan para él, conforme a perdidas recetas: caldillo de congrio, asado al palo, valdiviano y demás monumentos de la cocina chilena”.

En 1939, d'Halmar empieza a publicar semana tras semana en “La Nación” de Santiago, sus *Recuerdos Olvidados*, con los que se propone organizar varios volúmenes. Pero Carlos Préndez Saldías, director de turno en el diario gobiernista, que había despedido a Hernán Díaz Arrieta, Alone, suprime también la colaboración de d'Halmar.

En la revista “Atenea”, encuentra el autor de *Pasión y muerte del cura Deusto*, el modo de ligar a su experiencia chilena varios personajes españoles y así nacen sus cuentos “Andamos para no llegar” y “La cenicienta sin príncipe”, al mismo tiempo que algu-

nas evocaciones de amigos de su infancia como el pintor Arturo Gordon.

Cuando un joven poeta de Rancagua, Oscar Castro, le manda su "Elegía en la muerte de García Lorca", d'Halmar, siguiendo el ejemplo de Lugones, escribe un artículo entusiasta que luego recoge al frente de su primer libro de canciones el futuro autor de "Comarca del Jazmín".

Entretanto, después de publicar en Santiago su novelita poe-  
mática *Mar* con prólogo de González Vera, en la colección "Cruz del Sur", d'Halmar se instala en su nativa ciudad de Valparaíso llevado por el alcalde comunista de aquel puerto, Pedro Pacheco.

Tal vez lo acompaña la idea de que su obra está cumplida; pero aún trata de añadirle algún libro que lo refleje íntegramente. Piensa reunir tres o cuatro volúmenes de sus trabajos dispersos.

Al obtener, en 1942, el Premio Nacional de literatura recién instituido, publica *Palabras para canciones* con prólogo de Ricardo Latcham, y fiel a su gusto por el juego verbal prepara *Canciones para palabras*.

La pérdida de la dirección del Museo de Arte que le consiguiera el alcalde Pacheco, devuelve a d'Halmar a Santiago. Aquí aparece la colección de sus cuentos iniciales bajo el título de *Cristián y Yo*, con prólogo de Mariano Latorre.

La desengañada sonrisa de Augusto d'Halmar (Halmar solo, como firmó *Al caer la tarde*), oculta más de una lágrima.

El hombre obtiene finalmente un modesto empleo de inspector de imprentas en la Biblioteca Nacional y continúa paseándose solitario por las calles de Santiago, aunque ya sin su capa española de color café.

Para mí, el poeta de *La sombra del humo en el espejo* fue una figura única en la literatura chilena. Mezcla de novelista y actor, a medias realizado, impone a sus coterráneos una máscara de

literato al rostro genuino del hombre que asoma tras sus mejores páginas.

Trataba de parecer un triunfador; pero sentíase íntimamente frustrado y sus últimos poemas en prosa que no tenía donde publicar, fuera de una que otra revista literaria de poca circulación, denuncian la verdadera imagen del gran Augusto d'Halmar.

Recuerdo lo que me dijo durante una de las visitas que le hiciera yo a Valparaíso:

—Ahora que podría con mi experiencia escribir muchas cosas como esa que a usted le gusta sobre las viejas anclas abandonadas, no tengo dónde hacerlo.

La última vez que vi a d'Halmar fue cerca de mi casa en la esquina de la avenida Lyon con Las Lilas. Parecía en verdad uno de sus imaginarios capitanes sin barco, enfundado en un chaquetón azul de marino. Su cabeza marmórea se destacaba en el atardecer contra el fondo de la Cordillera. Por un instante, pensé hacerle los honores de mi barrio y llevarlo a ver a pocos pasos cierta columnita rosácea con unos versos ingleses grabados en bronce, a la entrada de una mansión señorial. Pero al fin me contuve, respetuoso de su soledad extraliteraria... El hombre, sin duda, estaba ya herido de muerte.

A los pocos días seguí su féretro camino del cementerio general.

Mientras uno de los oradores desgranaba lugares comunes sobre su tumba recién abierta, Ernesto Montenegro me susurró al oído cuanto mejor lo hubiera hecho d'Halmar en la tribuna y el otro abajo...

Algún día se levantará la hermosa testa del autor de *Juana Lucero* en el Parque Forestal de Santiago junto a la de sus amigos Manuel Magallanes Moure y Pedro Prado.

